

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE MARCOS

El reino de Dios

(1)

La siembra, el crecimiento y el desarrollo de la semilla del reino

(Mensaje 7)

Lectura bíblica: Mr. 4:3, 11, 14, 26-29

- I. El Nuevo Testamento revela que el Dios Triuno se encarnó para sembrarse en Su pueblo escogido y después desarrollarse dentro de ellos hasta constituir un reino; éste es el elemento intrínseco de toda la enseñanza del Nuevo Testamento—Jn. 1:14; Col. 2:9; Mr. 4:26-29; Ap. 11:15; 21:2.
- II. La economía de Dios, en lo concerniente a Su reino, era un misterio que estaba escondido, el cual les fue revelado a los discípulos del Señor—Mr. 4:11:
 - A. Puesto que la naturaleza y el carácter del reino de Dios son enteramente divinos, y dado que los elementos que le dan origen son la vida divina y la luz divina, el reino de Dios —especialmente con respecto a su realidad como auténtica vida de iglesia en la era actual— todavía continúa siendo un completo misterio para el hombre natural—vs. 3, 21, 26; 1 Co. 2:14.
 - B. Se requiere la revelación divina para entender qué es el reino de Dios—Ef. 1:17-18; 3:3; Ro. 16:25-26.
- III. El reino de Dios no es solamente una esfera física en la cual Dios reina sobre Su pueblo y ejerce Su autoridad con el fin de llevar a cabo Su administración gubernamental para que ellos entren en esta esfera y disfruten de eterna bendición; el reino de Dios es en realidad Dios mismo—Mr. 1:15; Mt. 6:33; Jn. 3:3:
 - A. Como contenido de Su reino, Dios mismo lo es todo—1 Co. 4:20; 15:28.
 - B. Dios es vida y, como tal, posee la naturaleza, la capacidad y la forma de la vida divina, todo lo cual constituye el ámbito donde reina Dios—Jn. 3:15; cfr. Ef. 4:18.

- C. La vida de Dios es el reino de Dios, y el reino de Dios es el ámbito de la vida divina donde esta vida se mueve, opera, rige y gobierna a fin de cumplir su propósito—Jn. 3:3.
 - D. Aquellos que viven en el reino de Dios poseen a Dios como su vida; Dios vive en ellos, a través de ellos y desde ellos, por lo cual ellos expresan a Dios—Fil. 1:21a.
- IV. El reino de Dios es Cristo mismo como semilla de vida sembrada en nuestro ser, la cual crece, se propaga y madura en nosotros hasta que se produzca una cosecha completa, es decir, la manifestación del reino—Mr. 4:26-29; Mt. 13:43:
- A. Esto es revelado en la parábola de la semilla en Marcos 4:26-29:
 1. El hombre mencionado en el versículo 26 es el Hijo de Dios, el Sembrador que viene a sembrarse a Sí mismo como semilla de vida contenida en Su palabra (v. 14), la cual es sembrada en los corazones de los hombres a fin de que Él crezca en ellos, viva en ellos y sea expresado desde el interior de ellos.
 2. La semilla es la simiente de la vida divina sembrada en los creyentes del Señor—1 Jn. 3:9; 1 P. 1:23.
 3. Echar la semilla en la tierra indica que el reino de Dios —cual es tanto el fruto como la meta del evangelio del Señor y la iglesia en la era actual (Ro. 14:17)— está estrechamente relacionado con la vida de Dios, la cual brota, crece, da fruto, madura y produce una cosecha—Mr. 4:26.
 4. Cristo establece el reino al sembrarse a Sí mismo como semilla de vida en los creyentes a fin de que el reino pueda crecer; esto se relaciona íntegramente con el crecimiento en vida y no con nuestra propia obra—1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9; Mt. 13:8.
 5. La regeneración es la entrada en el reino de Dios, y el crecimiento de la vida divina en los creyentes es el desarrollo del reino de Dios—Jn. 3:3, 5; 2 P. 1:3-11.
 6. El reino de Dios es la realidad de la iglesia, realidad que es producida por la vida de resurrección de Cristo mediante el evangelio—Ro. 14:17; 1 Co. 4:15.
 7. La semilla del reino es Jesús, y el desarrollo de la semilla en la totalidad de los creyentes es el reino; así pues, esta totalidad es la iglesia—Ro. 14:17.
 - B. El reino de Dios es, en realidad, el Dios-hombre, el Señor Jesús,

- quien se ha sembrado como semilla en los creyentes y se ha desarrollado hasta constituir el ámbito sobre el cual Dios, por ser Su reino, puede reinar en Su vida divina—Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26-29:
1. El reino de Dios es una persona maravillosa: el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios—Mt. 16:16.
 2. El Señor Jesús, quien es la corporificación del Dios Triuno, vino a ser el reino de Dios al sembrarse como la semilla del reino en el pueblo escogido de Dios—Col. 2:9; Lc. 17:20-21; Mt. 13:3-23:
 - a. El Señor es tanto el Sembrador como la semilla que fue sembrada; como Sembrador, el Señor se siembra a Sí mismo como semilla de vida por medio de Su palabra—Mr. 4:3, 14.
 - b. La vida de Dios, que es Cristo mismo, es la semilla del ámbito de la vida divina, la cual se desarrolla hasta constituir el reino donde Él reina—vs. 3, 26-29.
 - c. Aquel que ha sido sembrado en nuestro ser como simiente es el gen del reino; el pleno desarrollo de dicho gen constituirá el reino eterno de Dios en el cielo nuevo y la tierra nueva—Ap. 21:1-2.
 3. Después que esta semilla ha sido sembrada en los creyentes, crecerá y se desarrollará dentro de ellos hasta constituir el reino de Dios, lo cual redundará en el cumplimiento del propósito eterno de Dios y también en bendición y disfrute para ellos—Col. 1:13.
 4. El desarrollo del reino dentro de nuestro ser constituye nuestra entrada en el reino de Dios—2 P. 1:3-11:
 - a. Entrar en el reino de Dios no se trata de entrar en una esfera física externamente, sino de que Cristo crezca en nuestro interior—Gá. 4:19.
 - b. Para entrar en el reino de Dios, tenemos que humillarnos a nosotros mismos y vaciarnos, a fin de que todo nuestro ser esté disponible para Cristo y Él pueda crecer en nosotros—Mr. 10:13-16; Ef. 3:16-17a.
 - c. Aparentemente, somos nosotros los que entramos en el reino de Dios; pero en realidad, la entrada al reino de Dios nos es suministrada ricamente por el Señor mediante nuestro crecimiento en vida y mediante el

desarrollo de la vida divina dentro de nosotros—2 P. 1:3-11.

- d. Debemos ser diligentes e ir en pos del crecimiento y desarrollo de la vida divina dentro de nosotros hasta que nos sea suministrada “rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”—vs. 5, 11.

MENSAJE SIETE

EL REINO DE DIOS

(1)

LA SIEMBRA, EL CRECIMIENTO Y EL DESARROLLO DE LA SEMILLA DEL REINO

Oración: Señor, ejercitamos nuestro espíritu de fe para disfrutar el enlace que tenemos contigo en esta maravillosa unión divino-humana y orgánica. Señor, no confiamos en lo que tenemos que decir; más bien, confiamos en Ti completamente, para que nos infundas las palabras, el hablar y las expresiones que requerimos a fin de liberar la carga de este mensaje. Fijamos nuestra mirada en Ti completamente e, incluso, te pedimos que nos limpies nuevamente con Tu preciosa sangre y que nos cubras con ella. Manténnos en una condición y atmósfera de paz, en donde Tú puedas hablarnos los misterios del reino de Dios. Nuestros oídos están abiertos, nuestros ojos están abiertos y nuestros corazones se han vuelto a Ti. Quitá todos los velos para que podamos ver estos misterios. Te agradecemos que te ha complacido revelarnos estas cosas en los últimos días. Señor, aquí estamos una vez más, buscando Tu misericordia y Tu gracia. Sé con nosotros. Gracias, Señor.

EL REINO DE DIOS EN TÉRMINOS DE LA VIDA DIVINA

Este mensaje y el siguiente tratan sobre el reino de Dios, el cual es un tema muy importante en las Escrituras y en la economía de Dios. A manera de introducción necesitamos ver un panorama breve, pero a la vez completo, del reino de Dios: primero, en términos de la vida divina, y luego, en términos de la aplicación, esto es, las medidas que tomamos con respecto a nuestro corazón.

Necesitamos ver el significado intrínseco del reino de Dios. Para ello necesitamos considerar cuál es el entendimiento general que los cristianos tienen en cuanto al reino de Dios. Existen diferentes clases de cristianos que, a la vez, sostienen diferentes puntos de vista acerca del reino; dichas perspectivas varían, pues van desde lo absurdo hasta lo creíble, o al menos, lo que es más bíblico o doctrinal. Por lo general, la mayoría de los creyentes son ignorantes, pues creen que el reino de Dios es cierta

clase de utopía, un ámbito material y físico que está a la vuelta de la esquina y que un día llegará. Incluso los modernistas en la actualidad creen que vendrá cierta clase de nuevo mundo, y a eso ellos llaman el reino de Dios. Algunos piensan que el reino de Dios es el cielo, ya sea un lugar adonde iremos o un lugar que vendrá a nosotros en el futuro. A lo más, esta comprensión es superficial y, en muchos casos, es contraria a la verdad. Por esta razón necesitamos hablar acerca del reino.

Algunos que están más avanzados, debido al estudio de las Escrituras, dirían: “El reino vino, o estaba cerca, cuando el Señor Jesús vino a la tierra, tal como Él mismo dijo. No obstante, puesto que el pueblo lo rechazó, en especial los judíos, el reino de Dios fue suspendido y, en lugar de ello, Dios introdujo la dispensación de la era de la iglesia. Hoy estamos viviendo en la era de la iglesia, y un día el Señor Jesús regresará. Entonces, Él recibirá del Padre el reino de Dios, traerá el reino a la tierra y todos los reinos de la tierra llegarán a ser los reinos de nuestro Cristo”. En esta clase de enseñanza hay tanto verdad como error. La verdad es que hoy estamos en la era del reino con respecto a su realidad, pero no con respecto a su manifestación. Ciertamente dicha realidad es la vida de iglesia apropiada en conformidad con la norma de Dios, la cual Él desea obtener y por la cual nosotros oramos a fin de que el Señor la obtenga en Su recobro.

Algunos creyentes sólo ven que el reino vendrá en el futuro. Ellos creen que el reino vendrá después de la gran tribulación, descrita en el libro de Apocalipsis, al comienzo del milenio, que es la próxima era. En cierto sentido, esto es correcto. Sin embargo, esto corresponde al reino en el futuro. Tenemos que comprender que el reino presente no es algo material o físico, ni tampoco está limitado a determinado tiempo en el futuro. Para ver esto, necesitamos revelación. Es necesario que nuestros ojos sean abiertos. Esta clase de entendimiento acerca del reino de Dios requiere revelación divina. Por consiguiente, necesitamos un espíritu de sabiduría y revelación para ver estas cosas.

Debemos darnos cuenta de que el reino de Dios tiene tanto el aspecto de vida como el aspecto de autoridad. Un reino implica, automáticamente, un reinado o gobierno. Un reino requiere de un rey que gobierne y rija; también implica algo gubernamental, una administración. Todo esto es muy cierto. De hecho, el reino de Dios es una esfera en la cual Dios gobierna. Este reino también se extiende a la esfera material y física en donde Dios gobierna sobre Su pueblo y ejerce Su autoridad para llevar a cabo Su administración gubernamental. Si no

hubiera autoridad, que es el trono de Dios, y si Dios no rigiera ni gobernara, entonces no habría reino. En el próximo mensaje veremos que esto tiene que ver con la subyugación de aquella gran rebelión en el universo: la rebelión de Satanás. En este mensaje consideraremos el reino en términos de la vida divina. Puesto que estamos presentando este tema desde el ángulo de la vida, estamos tocando el elemento intrínseco del reino de Dios. Creo firmemente que en el recobro del Señor, la enseñanza en cuanto al reino es una de las enseñanzas más elevadas y profundas de este ministerio. No creo que en ningún otro lugar se presente esta enseñanza ni se tenga tal entendimiento sobre el reino. Por tanto, necesitamos acercarnos al trono para recibir una visión del reino, una visión que provenga directamente del corazón de Dios.

¿Qué es el reino de Dios? En los Evangelios vemos que el reino fue predicado por el Señor Jesús como evangelio, particularmente en el libro de Mateo. También se nos presenta una visión concisa acerca del reino en el libro de Marcos. Primero, tenemos que conocer la diferencia que existe entre el reino de Dios y el reino de los cielos. En la Versión Recobro hay un diagrama maravilloso en Mateo 5, titulado “Diagrama de la diferencia entre el reino de los cielos y el reino de Dios”. Todo aquel que quiera estudiar el tema del reino primero debe entender esta diferencia.

La carga de este mensaje en cuanto al reino de Dios se ve en Marcos 4, en la parábola del sembrador y la semilla. En el versículo 11 el Salvador-Eslavo dice: “A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios”. Así pues, para conocer el misterio del reino es necesario que entendamos las profundidades intrínsecas de esta parábola. El reino de Dios y el evangelio del reino de Dios son una semilla. De forma implícita, el reino y el evangelio son asuntos relacionados con la vida, pues una semilla contiene vida. La predicación del evangelio del reino equivale a sembrar semilla en la tierra. Esta semilla luego brota, crece, se desarrolla, florece y lleva fruto, al punto que llega a ser el agrandamiento y la plena expresión de todo lo que está en la vida de la semilla. Para ejemplificar esto, el Señor se valió de la parábola del sembrador. Un día, una semilla en particular apareció en la tierra. La semilla es para la tierra y no para el aire; por tanto, tiene que ser sembrada en la tierra. Esta semilla apareció entre el linaje humano en la tierra. Esta semilla era Dios encarnado. Esta semilla tenía una cáscara externa, la humanidad, así como una sustancia interna de vida, la divinidad. Esta semilla era el Dios-hombre único, Cristo Jesús. Aparentemente, Él realizó muchos actos y logró muchas cosas, todo lo cual está registrado en el libro de

Marcos. No obstante, si tenemos una visión intrínseca, nos daremos cuenta de que Él estaba haciendo una sola cosa: estaba sembrándose a Sí mismo como semilla en el hombre. Todo cuanto Él hizo fue con la visión de sembrarse a Sí mismo —como semilla de Dios-hombre— en la “tierra” escogida, quienes son el pueblo de Dios, los elegidos de Dios.

Él vino como una pequeña semilla, y mientras vivió en la tierra por treinta y tres años y medio, Él estaba sembrando. Al mismo tiempo, Él estaba pasando por un proceso. El Señor Jesús, como semilla del reino, poseía divinidad internamente y humanidad externamente, esto es, una cáscara compuesta de sangre y carne. Pero fue mediante esos treinta y tres años y medio en la tierra que Él añadió el elemento del vivir humano a la semilla. Por consiguiente, el hecho de que Él haya tomado forma de esclavo y se haya hecho semejante a los hombres tenía como fin perfeccionar la semilla. Luego, era necesario que esta semilla fuese sembrada. Según Juan 12:24, Él fue sembrado en la tierra y murió. Su muerte en la cruz y Su sepultura fue un paso adicional en el proceso de perfeccionar esta semilla. Cristo, como semilla, pasó por este proceso para obtener un vivir humano y una muerte todo-inclusiva e incluirlos en Sí mismo. Después de ser sepultada, esta semilla resucitó a fin de que el elemento de la resurrección fuese añadido a la semilla. Finalmente, Él ascendió a los cielos, al Padre, de manera secreta. Dicha ascensión también fue incluida en esta semilla.

Luego, la noche de la resurrección la semilla regresó; sin embargo, esta semilla no era la misma semilla que había venido en Marcos 1, sino que dicha semilla había pasado por un proceso. Esta semilla había sido perfeccionada y completada, y contenía todo lo necesario para llevar a cabo la economía neotestamentaria de Dios. Esta semilla vino a Sus discípulos y se infundió en su ser al soplar en ellos. Éste fue el cumplimiento de la parábola del sembrador, y mediante esta siembra, la semilla entró en el “suelo” humano, en Sus discípulos; dicha semilla entró en el espíritu de ellos. Los discípulos nos representan a todos nosotros. A partir de ese momento, la semilla que fue sembrada en la tierra se abrió, fue quebrantada, y comenzó a crecer nuevamente. Esta semilla fue quebrantada y creció en Sí mismo como única semilla; después, fue sembrada y quebrantada en los doce (Jn. 20:22); luego, en los ciento veinte (Hch. 1:15); posteriormente, en los tres mil (2:41); después, en los cinco mil (4:4); y finalmente, hoy en millones. Esta semilla, la cual era el reino de Dios en el Dios-hombre Jesucristo como

individuo, quien ha pasado por todos esos procesos, ahora ha sido sembrada en usted y en mí, y en millones de creyentes.

No obstante, éste no es el final de la historia del reino. Después de ser sembrada, esta semilla tiene que crecer, pero ahora no está en una sola persona sino en millones de personas. Digo otra vez, esta semilla necesita crecer y desarrollarse. A esto se debe que sea sumamente importante que le proveamos a dicha semilla el mejor suelo, un corazón en la mejor condición, pues es allí donde crece la semilla. Mientras la semilla crece, se desarrolla. El crecimiento y el desarrollo de la semilla son el avance y la propagación del reino de Dios. A medida que la semilla crece, el reino crece. A medida que la semilla se desarrolla, el reino se desarrolla. A medida que la semilla madura, el reino madura. A medida que la semilla florece, el reino florece. Un día, cuando esta semilla lleve fruto, el reino llevará fruto. En otras palabras, el reino se desarrolla desde adentro y en dirección hacia fuera; crece a partir de nuestro espíritu y se extiende a nuestro corazón, nuestra alma, y un día se propagará incluso a nuestro cuerpo físico. Esta semilla crecerá, se desarrollará y, con el tiempo, llevará fruto para llegar a ser la plena expresión de la única semilla. Ésta crece a partir de una semilla, se convierte en muchas semillas y alcanza el pleno crecimiento y desarrollo de una labranza completa. En 1 Corintios 3:9 se nos dice que nosotros somos la tierra cultivada de Dios, la labranza de Dios. La nota 2 de este versículo en la Versión Recobro dice:

Los creyentes, quienes fueron regenerados en Cristo con la vida de Dios, son la tierra cultivada de Dios, una labranza en la nueva creación de Dios donde se cultiva a Cristo a fin de que se produzcan materiales preciosos para el edificio de Dios. Por consiguiente, no sólo somos la labranza de Dios, sino también el edificio de Dios. En nosotros, la iglesia de Dios, una entidad corporativa, Cristo fue plantado. Cristo tiene que crecer en nosotros no para producir fruto, sino para, en el sentido de este capítulo, producir a través de nosotros los materiales preciosos de oro, plata y piedras preciosas para la edificación de la habitación de Dios en la tierra. En este sentido, el edificio de Dios, la casa de Dios, la iglesia, es el aumento de Cristo, el agrandamiento del Cristo ilimitado.

Cristo está creciendo en nosotros; el Dios-hombre está creciendo en el suelo humano. Un día llegará la siega: primero los vencedores y luego

la mayoría de los creyentes. En esto consiste la manifestación del reino de Dios.

Al ver el Nuevo Testamento desde esta perspectiva, el hermano Lee compartió que la siembra de la semilla se encuentra en los cuatro Evangelios, la propagación de la semilla está en Hechos, y el crecimiento y desarrollo de la semilla se halla en las Epístolas. Finalmente, la cosecha, la siega del fruto, se encuentra en Apocalipsis. En el milenio veremos el pleno desarrollo de esta semilla, la cual tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén. Éste será el desarrollo consumado de la semilla de vida como expresión completa y universal del Dios Triuno por la eternidad. La Nueva Jerusalén, en su totalidad, surge de esta única semilla del reino. El reino de Dios, en su expresión consumada, será la Nueva Jerusalén en el cielo nuevo y la tierra nueva con las naciones a su alrededor y con el trono de Dios y del Cordero como centro. El reino de Dios no aparece de repente; más bien, comienza con una semilla que es sembrada y crece. Ésta es la economía neotestamentaria de Dios.

El crecimiento de esta semilla es muy interesante. En el pasado, pensaba que la semilla de alguna manera llegaba a ser una planta y llevaba fruto después de haber sido sembrada en la tierra, pero no es tan sencillo. Para crecer, la semilla necesita tierra. La semilla, sin tierra, no puede crecer. Sin tierra, la semilla dejará de crecer después de varios días, y luego morirá. Una semilla necesita tierra, y la tierra fue creada para la semilla según lo que Dios ordenó y se propuso en Su creación. Somos la tierra, la buena tierra, creados por Dios. Dios no creó mala tierra; Él sólo creó buena tierra. Los espinos y los pedregales provinieron del maligno debido a la caída. Dios creó buen barro con miras a sembrarse en él. El hombre sencillamente tenía que comer de árbol de la vida. Sin embargo, sabemos que esto no ocurrió, pues el hombre cayó. Con el tiempo, el Señor vino para encargarse de todos los problemas; pero en última instancia, Él vino con miras a cumplir Su intención y propósito originales con el hombre, esto es: sembrarse Él mismo en la tierra humana.

Una vez la semilla es sembrada en la tierra humana, ésta necesita dos cosas: sol y aire. La semilla sembrada en nosotros necesita sol y aire, los cuales son el propio Dios Triuno. El Padre es el labrador (Jn. 15:1). Es necesario que esta semilla crezca en nosotros. Cada día y cada momento necesitamos respirar el aire, o sea, ser aireados para recibir oxígeno. Para que la tierra sea aireada, para que beba el aire fresco, necesita ser cavada, necesita ser labrada. La semilla también necesita la

luz del sol. Si sembramos una semilla y la ponemos en un cuarto oscuro, ésta no crecerá. Necesitamos estar bajo la verdadera “luz del Hijo”. Podemos cantar: “Oh, cuánto le amo, / Cuánto le adoro, / Mi aliento, mi sol” (*Hymns*, #82). Ese himno fue escrito por alguien que conocía esta semilla.

Para que la semilla crezca, también necesitamos ocuparnos de la tierra. Por ello, en los mensajes pasados hablamos respecto a que no debemos obstaculizar ni demorar el crecimiento de la semilla, así como también hablamos de lo que se requiere para que seamos la buena tierra. La buena tierra es necesaria para que la semilla crezca de manera normal y saludable. Una pequeña semilla puede llegar a ser una gran planta que lleva fruto. ¿De dónde proviene la sustancia que causa el crecimiento? Ciertamente, dicha sustancia no proviene sólo de la pequeña semilla. La mayor parte de lo que la planta es proviene de la tierra. La tierra llega a ser la planta. La programación genética que decide lo que será la planta —su color, forma, olor, desarrollo y todas sus características— está en la semilla. La forma, la función y las características de la planta, todo ello está programado en la semilla. No obstante, la semilla por sí sola no puede llegar a ser toda la planta. Ella necesita los nutrientes, los elementos que provee la tierra, representados por nuestra humanidad redimida y regenerada. El Señor necesita extraer dichos nutrientes de nuestra humanidad redimida y regenerada, necesita mezclarse y compenetrarse con dicha humanidad, valiéndose de ella como elemento principal en el crecimiento de Su “planta del reino”. A pesar de que lo que vemos —ya sea verde, amarillo o rojo— ha sido decidido por el material genético de la semilla, aun así, la sustancia proviene de la tierra humana. Éstas son las virtudes humanas que expresan los atributos divinos mediante la mezcla de la divinidad con la humanidad. Esta pequeña parábola nos muestra la mezcla de Dios con el hombre a fin de que se produzca un Dios-hombre corporativo, el cual nos incluye a todos nosotros, en quienes la semilla del reino crece, se desarrolla, florece y lleva fruto. Tenemos que ver esto, y luego orar diciendo: “Señor, crece en mí. Realiza lo que sea necesario para hacerme la buena tierra, a fin de que Tú puedas crecer en mí. Señor, haz lo que tengas que hacer”. Aunque no podemos apresurar el crecimiento, sí podemos retrasarlo. Tal parece que el destino de todo el universo depende de la condición de nuestro corazón. Esto es muy serio. El que no crezcamos es algo muy grave. Esto no tiene que ver con que lleguemos a ser más espirituales, ni tampoco con que seamos vencedores; más bien, se trata de

que Dios pueda obtener Su testimonio: el agrandamiento y la expresión universal, gloriosa y honorable de Dios mismo. El reino de Dios es lo que satisfará el corazón de Dios.

**LA APLICACIÓN CON RESPECTO A LA TIERRA
MENCIONADA EN LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR**

Necesitamos aplicar el aspecto de la tierra a fin de recibir ayuda en cuanto a nuestra experiencia. La primera clase de tierra es la tierra junto al camino, la cual ha sido endurecida por el tráfico mundano. En el mensaje pasado dimos el ejemplo de los cientos de canales que están disponibles actualmente en la televisión. Ésta es la clase de tráfico a la que nos referimos. Incluso, hay mucho más tráfico en la Internet. Éste no es un tráfico que corresponde a cientos de canales, sino a millones de canales. Ese tráfico compactará la tierra de nuestro corazón. Para muchos de los jóvenes, especialmente los hermanos, existe el tráfico de los juegos de video. Después de divertirse por horas con esos juegos, los ojos de ellos se vuelven vidriosos; ellos se vuelven tierra impenetrable. Hoy, niños de tan sólo cinco o seis años están divirtiéndose con tales juegos. Jóvenes, sálganse del tráfico que hay en el borde del campo y váyanse al centro del campo, en donde no hay tráfico. El centro del campo es nuestro espíritu mezclado y también es la vida de iglesia, incluso la vida de iglesia “de primera fila”. Necesitamos huir de las pasiones juveniles y correr al centro del campo en la labranza del reino, en donde la semilla puede crecer. En el centro del campo, las aves no pueden alcanzar la semilla para robarla y devorarla.

La segunda clase de tierra es el pedregal. En el pedregal hay tierra, pero también hay muchas piedras. Para labrar tal terreno se requiere cierto tipo de cuchilla. Los labradores usan una cuchilla para arar la tierra, levantándola y poniendo al descubierto todas las piedras. Para tratar con el Señor en cuanto a este asunto, primero es necesario que Su luz nos ponga al descubierto, ya que sin Su luz no podemos ver la luz. No estamos hablando de la introspección humana; más bien, estamos hablando de permitirle al Señor que resplandezca sobre todas las piedras que hay en nosotros, a saber: nuestro yo, nuestra carne, nuestra manera de ser, nuestra peculiaridad, nuestras opiniones, nuestra ambición, nuestra concupiscencia, nuestra parte emotiva que no ha sido quebrantada y que está desequilibrada, nuestra mente que no ha sido renovada y nuestra voluntad testaruda. Todas estas cosas son piedras que necesitan ser quitadas por la cuchilla de la cruz del Señor. Después

de ser puestos al descubierto, necesitamos echar fuera todas esas piedras; es decir, por el Espíritu debemos hacer morir los hábitos del cuerpo (Ro. 8:13). Tenemos que estar firmes con el Señor y repudiar todas estas cosas. No debemos estar en pro de las rocas, sino en contra de ellas. Entonces, podremos desarrollar una “vida de raíz”, una vida que se arraigue en el Señor de manera profunda y secreta a fin de que podamos crecer.

Tercero, existen los espinos, los cuales ahogan la palabra. Los espinos representan las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas. De hecho, éstas son dos caras de la misma moneda. Tanto la ansiedad como las riquezas motivan a la cultura humana. Una es interna, y la otra, externa; ambas se corresponden mutuamente. Los espinos incluso pueden ahogar una planta que está creciendo en la buena tierra. Ojalá que el Señor realmente llegue a lo profundo de nuestro ser y arranque todos los espinos. Necesitamos estar firmes con el Señor para que Él desyerbe nuestro corazón.

En estos días necesitamos orar diciendo: “Señor, hazme la buena tierra. Haz que mi corazón sea la mejor tierra a fin de que puedas crecer en mí de forma libre, saludable y sin inconvenientes, de modo que no tengas que luchar conmigo. Señor Jesús, subyúgame y derrótame. Remueve todas estas cosas, y crece en mí libremente como a Ti te plazca”. En esto consiste buscar primero el reino y Su justicia; luego, todo lo demás nos será añadido. Esta búsqueda, no obstante, conlleva un precio. Tomar el camino del reino requiere que paguemos un precio. Pero Dios desea obtener un reino. Samuel pagó el precio, ya que él no vivió en pro de sí mismo. Samuel tenía un corazón que correspondía al corazón de Dios, que era una réplica del corazón de Dios y que no tenía otro propósito. Es probable que él dijera: “Lo que Tú quieras, lo que desees y cuando quieras, mi corazón es Tuyo. Señor, digo Amén”. Éste es un verdadero nazareo. Esta persona está absolutamente consagrada al reino de Dios. Creo firmemente que podemos tener un corazón así. Que Él tenga misericordia de nosotros en Su recobro. Señor Jesús, crece en nosotros.

**EL NUEVO TESTAMENTO REVELA QUE EL DIOS TRIUNO
SE ENCARNÓ PARA SEMBRARSE EN SU PUEBLO ESCOGIDO
Y DESPUÉS DESARROLLARSE DENTRO DE ELLOS
HASTA CONSTITUIR UN REINO; ÉSTE ES EL ELEMENTO INTRÍNSECO
DE TODA LA ENSEÑANZA DEL NUEVO TESTAMENTO**

El Nuevo Testamento revela que el Dios Triuno se encarnó para

sembrarse en Su pueblo escogido y después desarrollarse dentro de ellos hasta constituir un reino; éste es el elemento intrínseco de toda la enseñanza del Nuevo Testamento (Jn. 1:14; Col. 2:9; Mr. 4:26-29; Ap. 11:15; 21:2). Esto es totalmente intrínseco; esto en verdad es lo que nos enseña el Nuevo Testamento.

**LA ECONOMÍA DE DIOS, EN LO CONCERNIENTE A SU REINO,
ERA UN MISTERIO QUE ESTABA ESCONDIDO,
EL CUAL LES FUE REVELADO A LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR**

La economía de Dios, en lo concerniente a Su reino, era un misterio que estaba escondido, el cual les fue revelado a los discípulos del Señor (Mr. 4:11). Puesto que la naturaleza y el carácter del reino de Dios son enteramente divinos, y dado que los elementos que le dan origen son la vida divina y la luz divina, el reino de Dios —especialmente con respecto a su realidad como auténtica vida de iglesia en la era actual— todavía continúa siendo un completo misterio para el hombre natural (vs. 3, 21, 26; 1 Co. 2:14). Se requiere la revelación divina para entender qué es el reino de Dios (Ef. 1:17-18; 3:3; Ro. 16:25-26).

Marcos 4:21-25 nos presenta la segunda parábola acerca del reino en el libro de Marcos, una parábola acerca de la luz y la lámpara. La primera parábola presenta el aspecto de la vida divina; la segunda, el aspecto de la luz. Juan 1:4 dice: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. La vida conlleva un proceso de desarrollo; y la luz también conlleva un proceso de desarrollo, el cual consume en la ciudad de luz. El reino de Dios, especialmente con respecto a su realidad como auténtica vida de iglesia en la era actual, es un completo misterio para el hombre natural.

**EL REINO DE DIOS NO ES SOLAMENTE UNA ESFERA FÍSICA
EN LA CUAL DIOS REINA SOBRE SU PUEBLO
Y EJERCE SU AUTORIDAD CON EL FIN
DE LLEVAR A CABO SU ADMINISTRACIÓN GUBERNAMENTAL
PARA QUE ELLOS ENTREN EN ESTA ESFERA
Y DISFRUTEN DE ETERNA BENDICIÓN;
EL REINO DE DIOS ES EN REALIDAD DIOS MISMO**

El reino de Dios no es solamente una esfera física en la cual Dios reina sobre Su pueblo y ejerce Su autoridad con el fin de llevar a cabo Su administración gubernamental para que ellos entren en esta esfera y disfruten de eterna bendición; el reino de Dios es en realidad Dios mismo (Mr. 1:15; Mt. 6:33; Jn. 3:3). Como contenido de Su reino,

Dios mismo lo es todo (1 Co. 4:20; 15:28). Dios es vida y como tal, posee la naturaleza, la capacidad y la forma de la vida divina, todo lo cual constituye el ámbito donde reina Dios (Jn. 3:15; cfr. Ef. 4:18). La vida de Dios es el reino de Dios, y el reino de Dios es el ámbito de la vida divina donde esta vida se mueve, opera, rige y gobierna a fin de cumplir su propósito (Jn. 3:3). Aquellos que viven en el reino de Dios poseen a Dios como su vida; Dios vive en ellos, mediante ellos y desde ellos, por lo cual ellos expresan a Dios (Fil. 1:21a).

Hay algo muy profundo aquí. Estamos refiriéndonos a la genética divina. Esto forma el ámbito en el cual Dios reina. Con el tiempo, esta semilla crece hasta conformar una esfera en la cual la vida divina se puede mover y puede operar, regir y gobernar, con miras a cumplir su propósito. El reino es un lugar en donde la vida opera, se mueve y cumple su propósito para finalmente producir la ciudad de vida, la cual es la réplica y el agrandamiento de Dios. Si no estamos en el reino de Dios, no podemos expresar a Dios. Verdaderamente, éste es el corazón, el meollo, de este mensaje.

**EL REINO DE DIOS ES CRISTO MISMO COMO SEMILLA DE VIDA
SEMBRADA EN NUESTRO SER, LA CUAL CRECE, SE PROPAGA
Y MADURA EN NOSOTROS HASTA QUE SE PRODUZCA
UNA COSECHA COMPLETA, ES DECIR,
LA MANIFESTACIÓN DEL REINO**

Esto es revelado en la parábola de la semilla en Marcos 4:26-29

El reino de Dios es Cristo mismo como semilla de vida sembrada en nuestro ser, la cual crece, se propaga y madura en nosotros hasta que se produzca una cosecha completa, es decir, la manifestación del reino (Mr. 4:26-29; Mt. 13:43). Esto es revelado en la parábola de la semilla en Marcos 4:26-29.

*El hombre mencionado en el versículo 26 es el Hijo de Dios,
el Sembrador que viene a sembrarse a Sí mismo
como semilla de vida contenida en Su palabra,
la cual es sembrada en los corazones de los hombres
a fin de que Él crezca en ellos,
viva en ellos y sea expresado desde el interior de ellos*

El hombre mencionado en el versículo 26 es el Hijo de Dios, el Sembrador que viene a sembrarse a Sí mismo como semilla de vida contenida en Su palabra (v. 14), la cual es sembrada en los corazones de

los hombres a fin de que Él crezca en ellos, viva en ellos y sea expresado desde el interior de ellos. El reino es un vivir; es decir, no es sólo una esfera de vida y luz. Este vivir es la expresión misma del reino.

*La semilla es la simiente de la vida divina
sembrada en los creyentes del Señor*

La semilla es la simiente de la vida divina sembrada en los creyentes del Señor (1 Jn. 3:9; 1 P. 1:23).

*Echar la semilla en la tierra indica que el reino de Dios
—el cual es tanto el fruto como la meta del evangelio del Señor
y la iglesia en la era actual—
está estrechamente relacionado con la vida de Dios,
la cual brota, crece, da fruto, madura y produce una cosecha*

Echar la semilla en la tierra indica que el reino de Dios —el cual es tanto el fruto como la meta del evangelio del Señor y la iglesia en la era actual (Ro. 14:17)— está estrechamente relacionado con la vida de Dios, la cual brota, crece, da fruto, madura y produce una cosecha (Mr. 4:26). Necesitamos recordar que el reino no ha sido suspendido. Estamos en el reino de Dios hoy. La realidad de la vida de iglesia es el reino de Dios. La iglesia en la era actual está estrechamente relacionado con la vida de Dios, la cual brota, crece, lleva fruto, madura y produce una cosecha.

*Cristo establece el reino al sembrarse a Sí mismo
como semilla de vida en los creyentes
a fin de que el reino pueda crecer;
esto se relaciona íntegramente con el crecimiento en vida
y no con nuestra propia obra*

Cristo establece el reino al sembrarse a Sí mismo como semilla de vida en los creyentes a fin de que el reino pueda crecer; esto se relaciona íntegramente con el crecimiento en vida y no con nuestra propia obra (1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9; Mt. 13:8). En esta parábola, un hombre sembró semilla y se fue a dormir. La semilla brotó y se alargó, lo cual significa que creció, y el hombre no supo cómo pasó eso. Esto no quiere decir que debamos ser perezosos; por el contrario, esto comprueba la espontaneidad de la semilla. Esta semilla crecerá por sí misma si se le proveen las condiciones apropiadas; no es algo que dependa de nuestra labor.

Simplemente necesitamos regar la semilla, cultivar la tierra y cooperar con el Dios Triuno, y esta semilla crecerá en el transcurso del tiempo.

*La regeneración es la entrada en el reino de Dios,
y el crecimiento de la vida divina en los creyentes
es el desarrollo del reino de Dios*

La regeneración es la entrada en el reino de Dios, y el crecimiento de la vida divina en los creyentes es el desarrollo del reino de Dios (Jn. 3:3, 5; 2 P. 1:3-11). La regeneración es la única manera de entrar en este reino. Por medio de la regeneración recibimos la vida de Dios.

*El reino de Dios es la realidad de la iglesia,
realidad que es producida
por la vida de resurrección de Cristo mediante el evangelio*

El reino de Dios es la realidad de la iglesia, realidad que es producida por la vida de resurrección de Cristo mediante el evangelio (Ro. 14:17; 1 Co. 4:15).

*La semilla del reino es Jesús, y el desarrollo de la semilla
en la totalidad de los creyentes es el reino;
así pues, esta totalidad es la iglesia*

La semilla del reino es Jesús, y el desarrollo de la semilla en la totalidad de los creyentes es el reino; así pues, esta totalidad es la iglesia (Ro. 14:17). Alabado sea el Señor por el reino de Dios.—M. C.

**El reino de Dios es,
en realidad, el Dios-hombre, el Señor Jesús,
quien se ha sembrado como semilla en los creyentes
y se ha desarrollado hasta constituir el ámbito
sobre el cual Dios, por ser Su reino,
puede reinar en Su vida divina**

El reino de Dios es, en realidad, el Dios-hombre, el Señor Jesús, quien se ha sembrado como semilla en los creyentes y se ha desarrollado hasta constituir el ámbito sobre el cual Dios, por ser Su reino, puede reinar en Su vida divina (Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26-29). El reino de Dios es en realidad el Dios-hombre, el Señor Jesús, quien se ha sembrado como semilla en los creyentes. Este Dios-hombre es una simiente triple:

la simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David; más aún, esta semilla se ha desarrollado hasta constituir el ámbito, el reino, en el cual Dios puede reinar en Su vida divina. En Lucas 17:20-21, cuando los fariseos le preguntaron al Señor cuándo habría de venir el reino de Dios, el Señor les contestó: “He aquí el reino de Dios está entre vosotros”. En otras palabras, es como si el Señor les dijera: “El reino está aquí enfrente de ustedes, pues Yo soy el reino”. Necesitamos ser impresionados profundamente con el hecho de que la tierra es absorbida por la planta de tal modo que llega a formar parte de ella. El hermano Lee habló acerca de esto en una serie de mensajes dados en Atlanta, Georgia, en noviembre de 1992, los cuales fueron publicados en un libro titulado *La constitución y la edificación del Cuerpo de Cristo*. En el primer capítulo de este libro, el hermano Lee dice que el corazón humano es la tierra en la cual Cristo puede crecer como semilla. Él dice que el Cuerpo de Cristo está constituido de la vida divina mezclada con la humanidad (pág. 14). Los primeros dos capítulos de este libro hablan acerca de la constitución del Cuerpo de Cristo, y los últimos cuatro hablan sobre la edificación del Cuerpo de Cristo. La constitución y la edificación del Cuerpo de Cristo tienen su origen en el Dios Triuno, pero también están estrechamente relacionados con el elemento de la “tierra”, la cual es nuestra humanidad, nuestro buen corazón.

En Lucas 4:43 Jesús dice: “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios”. En el idioma griego, la expresión *anuncie el evangelio* es una derivación de la palabra griega traducida “evangelizar”. Por tanto, podemos decir que Jesús “evangelizó el reino de Dios”. Eso no significa que fuese necesario evangelizar o predicar al reino de Dios; más bien, significa que la evangelización de Jesús, Su predicación del evangelio, era la predicación del reino de Dios. En otras palabras, el evangelio es el reino de Dios. Jesús evangelizaba, o anunciaba como evangelio, el reino de Dios.

En los siglos recientes el tema del reino ha llegado a ser muy popular en muchos grupos, desde los modernistas hasta los dispensacionistas. No obstante, la mayoría de las personas consideran que el reino de Dios es un lugar o una condición. Sólo en el ministerio en el recobro del Señor se nos revela que el reino está estrechamente relacionado con la vida divina. Dios obtiene el señorío en Su reino por medio de Su vida. Desde el inicio de la Biblia podemos ver el pensamiento de que el reino está estrechamente relacionado con la vida divina. Génesis 1 nos

revela que el deseo de Dios y Su beneplácito, en Su primera creación, era llenar toda la tierra con vida. Su mandato al hombre fue: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla” (v. 28).

Es muy significativo que cuando Dios creó la plantas en Génesis 1, Él produjo de la tierra árboles que dieran fruto con la semilla en ellos (vs. 11-12). Eso implica que el propósito de Dios en Su creación incluía la multiplicación. En el plan de Dios estaba implícito el pensamiento de saturar y empapar toda la tierra con vida, o sea, de propagar la vida sobre toda la tierra. En Su plan también estaba el pensamiento de conquistar y sojuzgar toda la tierra al poblarla con vida. Ésta era la intención de Dios en la primera creación, y esto es lo que Dios está haciendo en Su segunda creación, la nueva creación. Cuando Noé salió del arca, Dios le dio la misma clase de mandamiento que le había dado a Adán. Le dijo a Noé: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra ... Vosotros fructificad y multiplicaos; procread abundantemente en la tierra, y multiplicaos en ella” (9:1, 7). Después, en el Nuevo Testamento, Jesús vino como semilla. Él era la simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David (Gn. 3:15; Mt. 1:1); Él, como semilla del reino, desea poblar la nueva creación de la misma manera en que Dios pobló la vieja creación.

*El reino de Dios es una persona maravillosa:
el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios*

El reino de Dios es una persona maravillosa: el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios (Mt. 16:16). Mateo 16 nos revela tres cosas: Cristo como el Hijo del Dios viviente (v. 16), la iglesia (v. 18) y el reino (v. 28). Estas tres son realmente una sola. Cristo produce la iglesia, y la iglesia produce el reino. De hecho, Cristo es el reino. El reino de Dios es una maravillosa persona: el Señor Jesús, el Hijo de Dios.

*El Señor Jesús, quien es la corporificación del Dios Triuno,
vino a ser el reino de Dios al sembrarse como la semilla del reino
en el pueblo escogido de Dios*

El Señor Jesús, quien es la corporificación del Dios Triuno, vino a ser el reino de Dios al sembrarse como la semilla del reino en el pueblo escogido de Dios (Col. 2:9; Lc. 17:20-21; Mt. 13:3-23). El Dios Triuno está corporificado en Cristo. En Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). Jesús, como corporificación del Dios Triuno, vino a ser el reino de Dios al sembrarse como semilla del reino

en el pueblo escogido de Dios. Hemos visto el hecho de que la semilla es sembrada en nosotros y crece. Sin embargo, necesitamos darnos cuenta de que la semilla también conlleva un resultado final, el producto, la cosecha. Las primeras dos parábolas en Mateo 13 así como la primera y la tercera parábola en Marcos 4 hablan sobre una consumación. Podemos ver la consumación en Marcos 4:20 por el hecho de que la semilla produce fruto: “Uno a treinta, otro a sesenta, y otro a ciento por uno”. Dicha consumación también puede verse en el versículo 29: “Cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado”. Por tanto, Dios está en procura de una cosecha, esto es, la consumación del reino.

El Señor es tanto el Sembrador como la semilla que fue sembrada; como Sembrador, el Señor se siembra a Sí mismo como semilla de vida por medio de Su palabra

El Señor es tanto el Sembrador como la semilla que fue sembrada; como Sembrador, el Señor se siembra a Sí mismo como semilla de vida por medio de Su palabra (Mr. 4:3, 14).

La vida de Dios, que es Cristo mismo, es la semilla del ámbito de la vida divina, la cual se desarrolla hasta constituir el reino donde Él reina

La vida de Dios, que es Cristo mismo, es la semilla del ámbito de la vida divina, la cual se desarrolla hasta constituir el reino donde Él reina (vs. 3, 26-29).

Aquel que ha sido sembrado en nuestro ser como simiente es el gen del reino; el pleno desarrollo de dicho gen constituirá el reino eterno de Dios en el cielo nuevo y la tierra nueva

Aquel que ha sido sembrado en nuestro ser como simiente es el gen del reino; el pleno desarrollo de dicho gen constituirá el reino eterno de Dios en el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap. 21:1-2). Necesitamos darnos cuenta de que cuando recibimos a Jesucristo en nosotros, recibimos el gen del reino en nosotros. En el mundo la gente enfrenta muchos problemas, y a ellos les gusta echarle la culpa a los genes, pues afirman que los genes pobres son los causantes de dichos problemas. Sin embargo nosotros, como creyentes, tenemos el mejor gen; tenemos el gen del reino, el gen del Rey, el gen del Dios-hombre.

Sin saberlo, los discípulos pasaron por una “terapia génica”. El Señor los llamó para Sí mismo y empezó a cambiarlos en el interior genéticamente. Al cambiarlos de esta manera, Él los estaba sanando. Los genes son las instrucciones codificadas que controlan todas las funciones en nuestras células y en los órganos de nuestro cuerpo. Hablando en términos espirituales, existen instrucciones codificadas en nuestro espíritu. El Señor Jesús nos ha hecho un reemplazo genético universal, para que pudiéramos convertirnos en otra especie, la especie del Dios-hombre. En el entrenamiento de tiempo completo estamos ayudando a los entrenantes a que experimenten este reemplazo genético al alimentarlos con la mejor comida: la verdad divina. Después de comer este alimento durante dos años, ellos habrán llegado a ser los Dios-hombres. El entrenamiento de tiempo completo es como una incubadora en la cual son puestos los entrenantes para que puedan ser reemplazados. Lo que entra en la incubadora es la vieja creación, pero lo que sale es una nueva creación.

Dios está en el negocio de hacer “clones de Cristo”; Él está clonando a Cristo en todos nosotros, para hacernos exactamente iguales a Él. El Señor está produciendo muchos clones de Sí mismo al infundir el gen del reino de los cielos en nosotros. Cuando el evangelio es predicado y alguien cree, este gen es puesto dentro de ellos. Este gen nos hará una réplica de Cristo, no importa cuál sea nuestra constitución natural. Todas las instrucciones están codificadas en este gen, así que lo único que tenemos que hacer es simplemente permitir que este gen crezca y se desarrolle. ¡Aleluya, estamos en este proceso!

Todo lo que necesitamos es la semilla divina, y esta semilla se encuentra en nosotros. ¿Qué estamos haciendo en el recobro del Señor? En el recobro del Señor estamos siendo entrenados —no de manera externa— para llegar a ser el pueblo del reino, un pueblo que crece a partir de esta semilla del reino. Necesitamos permitir que esta semilla del reino crezca en nosotros. Aun si no permitimos que la semilla del reino crezca, esta crecerá de todas maneras. En Marcos 4:26-27 dice: “Así es el reino de Dios, como si un hombre echara semilla en la tierra; duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece, sin que él sepa cómo”. Algunas veces pensamos en nuestro interior: “Mi fe se ha esfumado; los vientos son demasiado fuertes, y el ambiente está muy adverso. Ni siquiera sé si Dios existe”. Debemos darnos cuenta de que durante ese tiempo, la semilla todavía está en nosotros y está creciendo. Es posible que no sepamos cómo es que la semilla brota y crece,

pero nuestra responsabilidad es simplemente cooperar con el Señor y decirle: “Amén, Señor, estoy abierto a Ti y estoy deseoso de cooperar contigo”. Cuando hacemos esto, la semilla crecerá y se desarrollará espontáneamente en nosotros.

*Después que esta semilla ha sido sembrada en los creyentes,
crecerá y se desarrollará dentro de ellos
hasta constituir el reino de Dios,
lo cual redundará en el cumplimiento del propósito eterno de Dios
y también en bendición y disfrute para ellos*

Después que esta semilla ha sido sembrada en los creyentes, crecerá y se desarrollará dentro de ellos hasta constituir el reino de Dios, lo cual redundará en el cumplimiento del propósito eterno de Dios y también en bendición y disfrute para ellos (Col. 1:13). A pesar de que el enemigo ha usurpado la tierra, Dios está ganando a un grupo de personas que subyugarán la tierra, no de manera externa, sino en términos de la vida divina. En 1 Pedro 2:9 dice que somos “linaje escogido”. Somos un pueblo peculiar, un pueblo especial. Somos una clase diferente de personas, una especie diferente; somos de la especie del Dios-hombre, y Dios se valdrá de nosotros a fin de tomar para Sí toda la tierra. Los vencedores son las primicias, lo cual quiere decir que ellos han permitido que la semilla crezca en su ser, de modo que llegan a ser los primeros en madurar. Después de ser recogidas las primicias, el resto de los creyentes madurarán y serán cosechados.

Hoy en día Dios está produciendo muchos Dios-hombres. Él está produciendo a muchos que llevan una vida completamente conforme a la economía neotestamentaria de Dios y dedicada a la realización de dicha economía. Ellos marcharán como un ejército y conquistarán toda la tierra. Algunos nos acusarán de que tenemos una agenda política, pero nuestra agenda no es política; más bien, nuestra agenda es orgánica. Conquistaremos toda la tierra no por poder político o por medios físicos, sino mediante el crecimiento y la propagación del gen del reino. Debemos ir y propagar este gen por toda la tierra. Cuando vamos a un lugar nuevo y predicamos el evangelio, estamos propagando este gen y produciendo un nuevo linaje de personas. En el *Estudio-vida de Marcos*, el hermano Lee dijo algo maravilloso: “Al final del milenio Satanás será suelto, y se le permitirá rebelarse otra vez ... Aunque Satanás será el que instigue la rebelión entre las naciones, no podrá tocar a los correyes, porque ellos habrán sido transformados por el gen del

reino. Todo elemento de rebelión que está en la humanidad caída de los correyes habrá sido absorbido por el gen del reino. Por tanto, será imposible que Satanás, el maligno, instigue al pueblo que tiene el gen del reino a que se rebele contra Dios” (pág. 134). Será imposible que Satanás instigue a los correyes a que se rebelen, pues ellos habrán sido constituidos de la vida divina; ellos habrán llegado a ser una especie diferente. Eso es lo que son los vencedores. Los vencedores no son un súper linaje, sino el linaje del Dios-hombre, el linaje que conquistará toda la tierra.

*El desarrollo del reino dentro de nuestro ser
constituye nuestra entrada en el reino de Dios*

El desarrollo del reino dentro de nuestro ser constituye nuestra entrada en el reino de Dios (2 P. 1:3-11). En 2 Pedro 1 se nos habla acerca del desarrollo del reino dentro de nuestro ser, el cual constituye nuestra entrada en el reino de Dios. Los primeros cuatro versículos de este capítulo nos presentan once ítems que son los elementos de la semilla del reino y que proveen una descripción de esta semilla. El primer elemento es “una fe igualmente preciosa que la nuestra” (v. 1). Tenemos una fe que es igualmente preciosa que la de Pedro. Algunas veces podemos sentir que escasamente estamos avanzando en la vida cristiana. En esos momentos debemos darnos cuenta de que hay una fe en nosotros que es igualmente preciosa que la de Pedro. El segundo elemento es el poder divino mencionado en el versículo 3. Toda semilla tiene un poder dentro de ella, un poder de semilla. Igualmente, la semilla del reino tiene el poder divino que nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad. Este poder divino nos ha sido concedido, ha sido instalado en nosotros, impartido, infundido y sembrado en nosotros. El tercer elemento es la porción asignada que se menciona en el versículo 1. La fe nos ha sido asignada, tal como si fuese un lote de tierra. El cuarto elemento es “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” (v. 3). Esta frase se refiere a los varios aspectos de la vida divina, tipificados por las riquezas del producto de la buena tierra en el Antiguo Testamento. Dentro de la semilla no sólo está contenida la buena tierra, sino también las riquezas de la tierra. El quinto elemento es la vida, que es la energía o fortaleza interior, y el sexto elemento es la piedad, la cual es la expresión externa de dicha vida. En la esfera física, los genes pueden ser suprimidos o expresados. Estamos aquí para expresar el gen de Cristo, y la expresión del gen de Cristo es la

piedad. El séptimo elemento es la gloria, la cual es la expresión de Dios en esplendor así como la meta de la obra que Dios realiza en nosotros. El octavo elemento es la virtud, que es la energía y la fortaleza de la vida, la cual nos capacita para alcanzar la meta de la gloria.

El noveno elemento es las preciosas y grandísimas promesas que Dios nos ha concedido (v. 4). Estas preciosas y grandísimas promesas son las palabras de la Biblia. Son todas las promesas que Dios nos ha dado y, en particular, la promesa de que seremos participantes de la naturaleza divina. No importa cuán débiles o fuertes seamos, si somos jóvenes o viejos, el hecho es que somos tales participantes porque tenemos la fe, el poder divino y las preciosas y grandísimas promesas dentro de nosotros; esto nos hace participantes de la naturaleza divina. Llegar a ser tal participante equivale a ser introducido en una unión orgánica con Cristo, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. El décimo elemento es la naturaleza divina, y el onceavo elemento es la incorrupción, es decir, la capacidad para escapar de la corrupción. La fe, el poder divino, la porción asignada de la tierra, “todas las cosas”, la vida, la piedad, la gloria, la virtud, las promesas y la vida divina, todo ello está en dicha semilla, lo cual nos introducirá en la incorrupción. No importa en dónde estemos, la semilla todavía está en nosotros. Simplemente necesitamos permitir que la misma se desarrolle.

Los versículos del 5 al 7 hablan acerca del desarrollo de esta semilla. Estos versículos dicen: “Por esto mismo, poniendo toda diligencia, desarrollad abundantemente en vuestra fe virtud; en la virtud, conocimiento; en el conocimiento, dominio propio; en el dominio propio, perseverancia; en la perseverancia, piedad; en la piedad, afecto fraternal; en el afecto fraternal, amor”. Hay ocho ítems en este pasaje, comenzando con la fe y terminando con el amor. Este amor no es un amor común y ordinario, sino un amor más noble, un amor que adorna todas las cualidades de la vida cristiana, un amor que es más fuerte en cuanto a poder y más grande en cuanto a capacidad que el amor humano. Esa clase de amor es el fruto que se desarrolla de la semilla de la fe. Este pasaje nos revela un cuadro del desarrollo del reino del Dios en nosotros.

La manera en que ayudamos esta semilla a crecer es al añadirle los nutrientes, y uno de esos nutrientes es la diligencia. Simplemente tenemos que añadir un poquito de diligencia. Aquellos entrenantes que están a punto de graduarse del entrenamiento de tiempo completo

después de cuatro semestres ya no estarán en el entrenamiento ni tampoco vivirán en un ambiente regulado. Por tanto, necesitan ir al Señor cada mañana, y necesitan desarrollar un vivir vital apropiado cada día. Deben permitir que los nutrientes entren en ellos y permitir que la semilla crezca. Necesitan profundizar en la Palabra de manera sistemática cada día. Quizás no tengan un ambiente externo que ejerza control sobre ellos, pero ciertamente necesitan el suministro interior día a día. En cierto sentido, no necesitamos hacer nada, porque la semilla opera por sí sola; pero en otro sentido, necesitamos brindarle a la semilla nuestra cooperación humana. Cada mañana debemos orar: “Señor, quiero cooperar contigo. No puedo hacer nada, pero quiero ejercitar diligencia. Crece en mí hoy”.

En Lucas 8:15 el Señor dice que la buena tierra no son sólo aquellos que tienen un corazón noble y bueno, sino aquellos que retienen la palabra oída. La acción de retener se refiere al elemento humano que nosotros debemos suministrar, esto es, la diligencia que debemos aplicar. Una persona que no ejercita diligencia nunca podrá crecer en la vida espiritual. De hecho, una persona que no ejercita diligencia no podrá ser salva. No somos arminianos, aquellos que predicán la salvación por obras, pero debemos darnos cuenta de que si hemos de crecer en la vida cristiana, se requiere de un elemento que debemos presentar al Señor, esto es, nuestra cooperación al ejercitar diligencia. La vida cristiana no es una vida milagrosa, sino, más bien, una vida regulada.

El hermano Lee dijo muchas veces que para ser personas vitales, no es suficiente ser como Sansón, una persona poderosa. En lugar de ello, necesitamos ser como Booz, uno que fue regulado en conformidad con el principio de la vida. Booz creció y llegó a formar parte de la genealogía real que trajo a Cristo a la tierra. Por ello, necesitamos establecer un horario en nuestra vida cotidiana para que de esta manera podamos brindarle al Señor la diligencia apropiada. Cuando le brindamos la diligencia apropiada, hay un suministro abundante que nos abastece en cada etapa de desarrollo de la semilla.

En 2 Pedro 1:5-7 se mencionan ocho virtudes. Cada una de estas virtudes debe ser suministrada abundantemente para desarrollar la virtud que sigue. En otras palabras, debemos desarrollar en nuestra fe virtud; en la virtud, conocimiento; en el conocimiento, dominio propio; y en el dominio propio, perseverancia. En cada etapa hay un desarrollo de la semilla que nos suministra, nos nutre, nos sobrelleva y nos reconstruye. La expresión *desarrollad abundantemente*, mencionada en el

versículo 5, está relacionada con la frase *abundante ministración* en Filipenses 1:19, la cual habla de la abundante ministración del Espíritu todo-inclusivo de Jesucristo. La palabra griega traducida “abundante ministración” se refiere a la ministración de todo lo que necesita el coro por parte del director. Un miembro del coro no necesitaba preocuparse por la comida, el vestido o la vivienda, porque todo ello le era suministrado por parte del director del coro. Igualmente, el Espíritu todo-inclusivo de Jesucristo nos suministra abundantemente. A medida que le brindamos el nutriente humano, el cual es nuestra diligencia, hay una abundante ministración que nos suministra en cada etapa del desarrollo de la semilla, hasta que entramos en el reino eterno del Señor (2 P. 1:11). Dicha entrada nos será suministrada rica y abundantemente. Esa entrada y ese pleno suministro son nuestro futuro. No debemos mirarnos a nosotros mismos y desanimarnos; más bien, debemos darnos cuenta de que la semilla está en nosotros y que todo lo que necesitamos hacer es brindarle al Señor un poquito de cooperación. Entonces, la abundante ministración nos suministrará en cada paso del camino, a partir de la fe y llegando hasta el amor.

Los versículos del 8 al 10 mencionan la expresión *estas cosas*. “Estas cosas” son los ocho ítems en las ocho etapas del desarrollo del reino mencionado en los versículos del 5 al 7. Los versículos del 8 al 10 dicen: “Si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán ociosos ni sin fruto para el pleno conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas es ciego y tiene la vista muy corta; habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, sed aún más diligentes en hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no tropezaréis jamás”. “Estas cosas” nos harán fructíferos. “Estas cosas” harán que no nos olvidemos de la limpieza de nuestros pecados pasados; esto es, nos harán permanecer en el significado y la realidad del comienzo de nuestra salvación. “Estas cosas” aun harán firme nuestra vocación y elección, y al hacer “estas cosas” jamás tropezaremos. Necesitamos ser más diligentes en hacer firmes nuestra vocación y elección, ya que al hacerlo jamás tropezaremos. Debemos leer estos versículos y decir amén a cada palabra.

El versículo 12 nos indica que “estas cosas” son en realidad la verdad presente. Este versículo dice: “Siempre estaré recordándoos estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente”. La verdad presente tiene como fin que nosotros podamos crecer en la vida divina y lleguemos a ser el reino eterno, para

que nos sea suministrada rica y abundante entrada, y no simplemente la entrada inicial presentada en Juan 3 y 4. No necesitamos esforzarnos para entrar en el reino, ya que la entrada al reino nos será suministrada abundantemente. Por ejemplo, si nos preparamos bien para el examen de admisión a la universidad, se nos suministrará abundantemente la entrada a la universidad. A medida que estudiamos las lecciones y hacemos las tareas, las propias lecciones llegarán a ser el suministro que nos abastecerá y nos proveerá la entrada a la universidad. Por tanto, necesitamos laborar en la tierra, en la semilla y en Cristo; y a medida que laborem, todas estas cosas nos serán añadidas. Estas cosas que nos serán añadidas serán nuestro suministro rico y abundante, que nos proveerá una rica entrada al reino eterno de nuestro Señor Jesucristo.

*Entrar en el reino de Dios no se trata de entrar
en una esfera física externamente,
sino de que Cristo crezca en nuestro interior*

Entrar en el reino de Dios no se trata de entrar en una esfera física externamente, sino de que Cristo crezca en nuestro interior (Gá. 4:19). En Gálatas 4:19 dice que Cristo está siendo formado en nosotros. Usando la terminología moderna, podemos decir que Cristo está siendo “clonado” en nosotros, mediante el gen del reino.

*Para entrar en el reino de Dios,
tenemos que humillarnos a nosotros mismos y vaciarnos,
a fin de que todo nuestro ser esté disponible para Cristo
y Él pueda crecer en nosotros*

Para entrar en el reino de Dios, tenemos que humillarnos a nosotros mismos y vaciarnos, a fin de que todo nuestro ser esté disponible para Cristo y Él pueda crecer en nosotros (Mr. 10:13-16; Ef. 3:16-17a). Los versículos en Marcos 10:13-16 y Mateo 18:3-4 nos indican que el reino de Dios se compone de niños, que entramos en el reino llegando a ser niños mediante la regeneración, y que al hacernos como niños, seremos los mayores en el reino de los cielos. En otras palabras, la naturaleza del reino es la misma que la de los niños, entramos al reino llegando a ser niños, y el rango en el reino se conforma al grado en que seamos como niños. Por tanto, el reino está estrechamente relacionado con que seamos niños.

*Aparentemente, somos nosotros
los que entramos en el reino de Dios;
pero en realidad, la entrada al reino de Dios
nos es suministrada ricamente
por el Señor mediante nuestro crecimiento en vida
y mediante el desarrollo de la vida divina dentro de nosotros*

Aparentemente, somos nosotros los que entramos en el reino de Dios; pero en realidad, la entrada al reino de Dios nos es suministrada ricamente por el Señor mediante nuestro crecimiento en vida y mediante el desarrollo de la vida divina dentro de nosotros (2 P. 1:3-11).

*Debemos ser diligentes e ir en pos del crecimiento y
desarrollo de la vida divina dentro de nosotros
hasta que nos sea suministrada “rica y abundante entrada
en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”*

Debemos ser diligentes e ir en pos del crecimiento y desarrollo de la vida divina dentro de nosotros hasta que nos sea suministrada “rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (vs. 5, 11). Nuestra diligencia equivale a nuestra cooperación. Este mensaje nos revela que la semilla del reino contiene las instrucciones codificadas para que nosotros entremos en el reino eterno de nuestro Señor Jesucristo.—A. Y.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE MARCOS

El reino de Dios

(2)

El reino como la subyugación de toda rebelión y como la transfiguración del Señor Jesús (Mensaje 8)

Lectura bíblica: Mr. 4:35-41; 9:1-13

- I. El reino de Dios es el poder para subyugar toda rebelión—Mr. 4:35-41:
 - A. Hay dos grandes principios en el universo: la autoridad de Dios y la rebelión de Satanás; la controversia única entre Dios y Satanás concierne a este asunto de la autoridad y la rebelión—Hch. 26:18; Col. 1:13:
 1. La rebelión es la negación de la autoridad de Dios y el rechazo del gobierno de Dios:
 - a. Satanás fue originalmente un arcángel creado por Dios, pero debido a su orgullo él se exaltó a sí mismo, violó la soberanía de Dios, se rebeló en contra de Dios, se convirtió en el adversario de Dios y estableció su propio reino—Is. 14:12-14; Ez. 28:2-19; Mt. 12:26.
 - b. Cuando el hombre pecó, se rebeló en contra de Dios, negó la autoridad divina y rechazó el gobierno de Dios; en Babel los hombres se rebelaron colectivamente en contra de Dios procurando abolir la autoridad de Dios en toda la tierra—Gn. 3:1-6; 11:1-9.
 2. Aunque Satanás se rebeló contra la autoridad de Dios y aunque el hombre viola la autoridad divina rebelándose contra Dios, Dios no dejará que esta rebelión continúe; Él establecerá Su reino en la tierra—Ap. 11:15.
 - B. El Señor Jesús vino a establecer el reino de Dios para el cumplimiento del propósito eterno de Dios—Mr. 1:14-15:
 1. El reino de Dios es una esfera divina donde Dios puede